

María Angélica González, la exhuberancia mítica del toreo y el color como catársis

La mexicana María Angélica González profundiza en la exhuberancia mítica del toreo, perfilando y nutriendo con una extensa gama de colores distintos, una gran cantidad de puntos específicos de la composición. Para ello, además de colores, utiliza flores de una gran y diversa gama de tonos. Sus colores son sensuales, luminosos, fogosos y sentidos, conformando una alfombra de múltiples variaciones de gran intensidad que tejen una tupida red que acompaña el arte del toreo.

Sublima la fiesta, presentando al torero con la fortaleza y honestidad de un personaje dotado de magnanimidad, surgido de la propia efervescencia del lance, como si fuera producto singular de la evidencia del arte que comienza y acaba con la simbiosis cósmica de dos fuerzas antagónicas, pero que, sin embargo, están condenadas a entenderse hasta la muerte.

Acompañados por una intensa lluvia de colores, acariciados por el perfume de las flores, encaran de manera metafísica la idea del traspaso. Es como un matrimonio de conveniencia entre ambos. No están casados, pero sus polos opuestos se atraen, en una cadena de gestos, sensualidades, miradas hinchadas de rojo sangre o de serena bravura. Nobleza y determinación en juego para alcanzar la idiosincrasia de lo trascendente. Morir mirando de frente, sintiendo el acero de la espada, la acometida del cuerno rasgando tejidos, como si estuvieran peleando en el campo de batalla. No son ejércitos pero su fuerza simbólica es como si les correspondiera serlo. A veces, el propio valor del símbolo multiplica por miles los momentos de intensa bravura singular. Ambos se miran, el torero contempla al noble animal, admirando su bravura, mientras que el toro observa el centelleo de la capa roja como lo acaricia y le incita al lance. Todo es una fiesta, aunque hay muerte y luego la trascendencia. De ahí que las flores, colores, haces de luz cromática diversos se confabulen para preparar el camino del noble animal hacia los altares del reconocimiento.

Exhibe la figura del torero como si fuera un profesional del más allá, sumo sacerdote de un ceremonial surgido de las interioridades de la propia existencia. Estamos condenados a entendernos fuerzas opuestas en un mundo dual, marcado por la ley del equilibrio de contrarios. Ambos pretenden la vida, pero, a la vez, ronda la muerte, oscila el péndulo de una justicia que no tardará en dar el veredicto dentro del contexto de la plaza.

Aparece el picador con fuerza, con sus pantalones acampanados y lanza en ristre, mientras el torero realiza verónicas con la capa, exhibiendo su finura, en un ademán elegante en el que destaca su concepción del gesto. Después el color lo inunda todo, hasta el punto de que todo es color.

Joan Lluís Montané

De la Asociación Internacional de Críticos de Arte